

SERGE GRUZINSKI

El águila y el dragón

*Desmesura europea y mundialización
en el siglo XVI*

Traducción
Mario Zamudio

Revisión de la traducción
Fausto José Trejo



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÍNDICE

<i>Sumario</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Introducción</i>	15
I. <i>Dos mundos tranquilos</i>	21
Los dos emperadores	22
La China de Zhengde y el México de Moctezuma .	25
Zhōngguó	27
Anáhuac	31
Dos universos de pensamiento	38
II. <i>La apertura al mundo</i>	42
El mundo según los pochtecas	42
Las flotas del emperador	44
Las fronteras de la civilización	46
El mar	48
Una historia ya decidida	51
III. <i>Como la tierra es redonda...</i>	54
Historias paralelas	55
Historias conectadas o la carrera a las Molucas .	56
El antecedente colombino	60
IV. <i>¿El salto a lo desconocido?</i>	62
El Catay de Marco Polo	63
La preparación de los viajes	66
Malaca, encrucijada de Asia	70
Las Nuevas Indias, ¿se encuentran en Asia?	72
El sueño asiático	75
El salto al vacío	76
V. <i>Libros y cartas del fin del mundo</i>	78
“Sus libros son como los nuestros”	78
“En China hay impresores”	80

Americanismo y orientalismo	82
Cartas desde China y México	86
La mirada de los otros	91
La ilusión retrospectiva	94
VI. <i>¿Embajadas o conquistas?</i>	96
Bricolajes y enredos	97
El gran propósito lisboeta y las intrigas caribeñas	99
El Asia de las especias, pero no el Nuevo Mundo . .	103
El desembarco portugués en la costa de China . . .	108
El desembarco español en la costa de México	111
Resbalón cortesiano y grandes ambiciones portuguesas	115
La marcha sobre Pekín (de enero al verano de 1520)	118
La marcha sobre México (de agosto a noviembre de 1519)	121
El partido de la desmesura	125
Los bloqueos	128
El encuentro de los emperadores	132
VII. <i>El choque de las civilizaciones</i>	140
Las situaciones incómodas	141
La muerte de los emperadores	144
El segundo desastre portugués	149
La revancha de los castellanos	153
El choque de las civilizaciones	156
VIII. <i>El nombre de los otros</i>	159
Un olvido muy extraño	159
¡Castilan! ¡Castilan!	162
¿Bárbaros o piratas?	165
Unos seres divinamente monstruosos	168
El infierno son los otros	171
Cómo dar nombre a los indígenas	173
Cómo dar nombre a los intrusos	175
Indios caníbales y portugueses antropófagos	176
Invisibilidad portuguesa y exhibicionismo castellano	178

IX. <i>Una historia de cañones</i>	180
La artillería de los invasores	181
La piratería china	182
Un cañón para el inframundo	185
Una tecnología del pasado	189
Las palabras para expresarlo	191
X. <i>¿Opacidad o transparencia?</i>	194
La experiencia ibérica	194
Los intermediarios	200
El tratamiento de las diferencias	204
El desciframiento de las sociedades	208
XI. <i>Las ciudades más grandes del mundo</i>	210
La geografía o el arte de espiar	210
Las ciudades más grandes del mundo	214
Como Lisboa o como Salamanca...	218
La mirada del conquistador	225
El triunfo póstumo de la capital azteca	226
XII. <i>La hora del crimen</i>	230
El arte de deshacer a las sociedades	231
La ventaja de las armas	237
Los planes de conquista	239
La hora del crimen o la guerra a sangre y fuego.	243
La posguerra en Cantón	245
El proyecto colonial	246
El rudo aprendizaje de la colonización	249
XIII. <i>El lugar de los blancos</i>	252
La visión de los vencidos	252
La presión de los bárbaros	255
La alergia al extranjero	257
¿Qué lugar dar al <i>alien</i> ?	262
XIV. <i>A cada cual su posguerra</i>	265
Los hermanos de la costa	266
Depredación y “asiatización”	280
Una isla mestiza	272

El caos mexicano	274
Americanizarse o “asiatizarse”	277
XV. <i>Los secretos del Mar del Sur</i>	279
La China de la primera vuelta al mundo	279
Los intentos desde España	280
La segunda vida de Hernán Cortés	282
Las ambiciones cortesianas y la conciencia-mundo	287
“Los estorbos del demonio”	290
El relevo pasa al virreinato	295
XVI. <i>La China en el horizonte</i>	298
El camino está despejado	298
La línea de demarcación	301
La empresa espiritual del siglo	305
Una base avanzada	307
XVII. <i>Cuando China despierte</i>	309
¿Por qué la guerra contra China?	310
La guerra del jesuita	315
La insoportable insolencia de los chinos	317
“Otras vías que son las de la guerra”	321
Cuando China despierte	324
Algo tan novedoso...	326
La guerra de China no se llevará a cabo	331
<i>Conclusión. Hacia una historia global del Renacimiento</i>	335
<i>Bibliografía</i>	345

INTRODUCCIÓN

ANDRÓMACA: —¡La guerra de Troya no tendrá lugar, Casandra!

JEAN GIRAUDOUX, *La guerre de Troie n'aura pas lieu*, 1, 1

Algunos escritores de la primera mitad del siglo xx se internaron en los caminos que nos han llevado de México a China. Hace mucho tiempo, la obra de Jean Giraudoux nos sugirió un título, “La guerra de China no tendrá lugar”, que fue necesario abandonar. Paul Claudel supo resucitar unos mundos que quizás estamos en posición de comprender mejor actualmente. En las jornadas de *Le Soulier de satin* (1929 [*El zapato de raso*]), dialogan unos seres venidos de los cuatro rincones del mundo. “La escena de este drama es el mundo; más concretamente, la España de finales del siglo xvi.” Al “comprimir los países y las épocas”,¹ Claudel no pretendía hacer una obra de historiador, sino sumergirnos en los remolinos de la mundialización. Una mundialización que no era ni la primera ni la última; una mundialización que se llevó a cabo rápidamente en el transcurso del siglo xvi, siguiendo la estela de las expediciones portuguesas y españolas. Como consecuencia, el águila azteca y el dragón chino sufrieron los primeros efectos de la desmesura europea.

Esa mundialización fue un fenómeno diferente de la expansión europea. Esta última movilizó una gran cantidad de recursos técnicos, financieros, espirituales y humanos; respondió a decisiones políticas, a cálculos económicos y a aspiraciones religiosas que se conjugaron, más o menos felizmente, para lanzar a marineros, soldados, sacerdotes y comerciantes hacia todas las direcciones del globo terráqueo, a zonas situadas a miles de kilómetros de la península ibérica. La expansión ibé-

¹ Paul Claudel, *Le Soulier de satin*, Gallimard, Folio Théâtre, París, 1997, p. 15 [*El zapato de raso*, trad. Francisco Javier Calzada, Encuentro, Madrid, 2010].

rica provocó reacciones en cadena y, a menudo, incluso choques que desestabilizaron sociedades enteras. Tal fue el caso de América. Mientras tanto, en Asia, tropezó con algo más fuerte que ella, cuando no se hundió en las ciénagas y las selvas de África. La imagen de un progreso ineluctable de los europeos, ya sea que se exalten las virtudes heroicas y civilizadoras de éstos o que se cubra de oprobio su empresa, es una ilusión de la que es muy difícil deshacerse; proviene de una visión lineal y teleológica de la historia que sigue adherida a la pluma del historiador y a los ojos de su lector.

Lo que es falso de la expansión ibérica lo es aún más de la mundialización, que se puede definir como la proliferación de todo tipo de lazos entre unas regiones del mundo que hasta entonces se ignoraban o se trataban desde muy lejos. La que se despliega en el siglo xvi afecta a la vez a Europa, África, Asia y el Nuevo Mundo, entre los que se establecen interacciones de una intensidad con frecuencia sin precedentes. Un lienzo todavía frágil, lleno de agujeros inmensos, siempre a punto de desgarrarse con el menor naufragio, pero indiferente a las fronteras políticas y culturales, comienza a extenderse alrededor de todo el planeta. ¿Quiénes son los protagonistas de esa mundialización? De buen o mal grado, algunas poblaciones africanas, asiáticas y amerindias participan en ella, pero los portugueses, los españoles y los italianos proporcionan lo esencial de la energía religiosa, comercial e imperialista, al menos en esa época y durante un buen siglo y medio. El servidor chino de *Le Soulier de satin* le espeta a Don Rodrigue, virrey de las Indias: “Nos hemos enredado el uno con el otro y no hay manera de zafarnos”.²

¿Qué es lo que perciben de ella los contemporáneos de la época? Con frecuencia, su mirada es más penetrante que la de los historiadores que se han sucedido para observarlos. Los hombres del siglo xvi, y no sólo los europeos, captan la amplitud del movimiento al que se ven enfrentados y la mayor parte del tiempo lo hacen desde el punto de vista religioso, a partir de perspectivas que la misión les pone delante; pero la mundialización se perfila igualmente en el espíritu de los que son sensibles a la aceleración de las comunicaciones entre las

² *Ibid.*, p. 59.

diferentes partes del mundo, al descubrimiento de la infinita diversidad de paisajes y pueblos, a las extraordinarias oportunidades de ganancia que aportan las inversiones proyectadas hacia el otro extremo del globo terráqueo y al crecimiento sin límites de los espacios conocidos y los riesgos confrontados. Nada parece capaz de resistir a la curiosidad de los viajeros, aun cuando a menudo éstos no vayan a ninguna parte sin la cooperación de sus guías y sus pilotos indígenas.

Se puede atribuir el descubrimiento de América o la conquista de México a personajes históricos como Cristóbal Colón o Hernán Cortés. La cuestión es discutible, pero el procedimiento es demasiado cómodo. La distancia de los siglos y, lastre aún más pesado, nuestra ignorancia se confabulan en favor de que aceptemos esos atajos. La mundialización no tiene autor. Responde, a escala planetaria, a los asaltos bruscos y violentos asestados por las iniciativas ibéricas; mezcla historias múltiples cuyos derroteros entrechocan repentinamente, precipitando desenlaces imprevistos y hasta entonces inconcebibles. La mundialización no tiene nada de una maquinaria inexorable e irreversible que se dirija a consumir un plan preconcebido para lograr la uniformización del globo terráqueo.

Por consiguiente, sería falso creer que nuestra mundialización nació con la caída del muro de Berlín; y sería igualmente ilusorio imaginar que es el árbol gigantesco nacido de una semilla plantada en el siglo xvi por manos ibéricas. Sin embargo, por varias razones, parece que nuestro tiempo está en deuda con esa época lejana, si se acepta que la falta de filiación directa o de linealidad no transforma el curso de la historia en una cascada de azares y acontecimientos sin consecuencias. Es en el siglo xvi cuando la historia humana se integra en un escenario que se identifica con el globo terráqueo; es entonces cuando las conexiones entre las partes del mundo se aceleran: entre Europa y la región del mar Caribe a partir de 1492, entre Lisboa y Cantón a partir de 1513, entre Sevilla y México a partir de 1517, etc. Añádase a ello otra razón, que es el meollo de este libro: con la mundialización ibérica, Europa, el Nuevo Mundo y China se convierten en socios planetarios. China y Estados Unidos tienen un importante protagonismo en la mundialización actual; pero ¿por qué y de dónde proviene el hecho de que China y Estados Unidos se encuentren frente a frente

en el tablero terrestre? y, ¿por qué, hoy en día, Estados Unidos da muestras de sofocamiento, mientras que China parece estar dispuesta a arrebatarse el primer lugar?

En una obra anterior, *¿Qué hora es allá?*,³ nos interrogamos sobre la naturaleza de los lazos que se tejieron a partir del siglo xvi entre el Nuevo Mundo y el mundo musulmán. Esas regiones se enfrentaban entonces a los primeros efectos de la expansión europea en el globo terráqueo. Cristóbal Colón estaba persuadido de que su descubrimiento proporcionaría el oro con que los cristianos habrían de recuperar Jerusalén y de aplastar el islam. Por su parte, el Imperio otomano se inquietaba al ver un continente que, desconocido para el Corán y los sabios del islam, estaba librado a la fe y la rapacidad de los cristianos. No se podría abordar el tema de la mundialización, que ha hecho progresivamente del globo terráqueo el escenario de una historia común, sin tomar en consideración lo que ha estado en juego desde esa época entre las tierras del islam, Europa y América. Pero ¿es suficiente? Si la incorporación de una cuarta parte del mundo es el acta de nacimiento de la mundialización ibérica, la irrupción de China en el horizonte europeo y en el americano constituye otra convulsión. El hecho de que ésta haya sido contemporánea del descubrimiento de México, con un puñado de años de diferencia, debió de haber atraído nuestra atención más pronto, pero nuestra mirada, retenida durante mucho tiempo por Mesoamérica, había olvidado que ésta no es el confín del mundo: es, como lo repetían los antiguos mexicanos, su centro.

En el siglo xvi los ibéricos consideraron en dos ocasiones hacer la conquista de China; pero su deseo no se hizo realidad jamás. Para parafrasear el título de la célebre pieza de Jean Giraudoux: “La guerra de China no tendrá lugar”. Después, a destiempo, algunos lo lamentarán, mientras que otros, nosotros entre ellos, reflexionarán lo que nos han enseñado esas veleidades de conquista, contemporáneas de la colonización de las Américas y de la exploración del océano Pacífico. China, el océano Pacífico, el Nuevo Mundo y la Europa ibérica son los protagonistas de una historia que surge de su encuentro

³ Serge Gruzinski, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los linderos de la modernidad*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 2017.

y de su enfrentamiento. Esta historia se resume en una fórmula simple: en ese mismo siglo, los ibéricos fracasan en China y tienen éxito en América. Eso es lo que nos descubre la historia global del siglo xvi, concebida como otra manera de interpretar el Renacimiento, menos obstinadamente eurocentrista y, verosímilmente, más en concordancia con nuestro tiempo.